

Y era un alma, toda amor,
que en las lágrimas se daba,
y era un alma sin amores,
las más tristes de las almas.

Jardín, que tuviste en ti
la dulzura de su alma
cuando lloraron sus ojos
por el poeta que amaba;

jardín ¿no viste jamás
junto á tu verja dorada
la figura del Amor
mirando hacia su ventana?

¿Jamás el galán viajero
buscó su silueta blanca
una noche, en el jardín,
bajo la luna encantada?

¡Jamás! —El libro de Heine
la dijo bodas soñadas
que no pueden apagar
en la vida sus nostalgias.

No era una mujer de carne,
era una quimera alada;
no era una rosa de fuego,
era una estrella lejana!

III

Ella leía mi libro
—¿quien fuera libre en sus manos!—
con húmedos ojos, llenos
de la dulzura del llanto.

Y ¿qué es lo que más te gusta?
la pregunté; y ella, alzando
alma y ojos hacia mí,
tiñó de rubor su encanto.

Y sin mirarme después
y con temblorosa mano,
señaló donde decía
estas palabras: — Yo amo!

IV

¿Cómo Mari-Rosa
se fué tu alegría?
¿Se fué tu alegría!...
¡Pobre mariposa,
antes tan gozosa
y ahora tan sombría!

No tiene contento,
como antes, tu acento,
ni risa tu boca,
ni tu tez colores,
ni tu vida flores,
mariposa loca!

Ahora estás, plegadas
las alas cansadas
por tan loco vuelo
ahora estás temblando
de pudor, miran lo
pensativa al suelo.

¡Pobre pecadora!
¿Cómo en una hora
se fué tu alegría?
¡Mariposa triste!
¿Por qué no venciste
tu amor aquel día?

La tarde espiraba...
La moza miraba
pensativa al suelo...
Sobre la llanura
caía la obscura
violeta del cielo.

¡Pobre pecadora!
¿Cómo en una hora
se fué tu alegría?
No mires al suelo...
Tal vez hacia el cielo
se fué tu alegría!

J. ORTÍZ DE PINEDO.

CELOS

Nada de amorosos celos. Quédense
para los matrimonios con ó sin ca-
riño; para los novios más ó menos
enamorados; para los prometidos
que ven visiones en todo momento
á diestro y sinestro, juzgando que
una mirada, una conversación ino-
cente y semi-tímida, ha de dar al
traste con el ansiado instante de la
posesión del bien querido.

De ninguno de esos casos hemos
de hacernos eco. Ellos, en ocasiones,
son hijos de pasión noble, sentida,
del acaso, del pícaro aparente.

Hay otros celos innobles, bajos,
nefandos, reprobados. Celos de al-
mas pequeñas y de pechos ruines,
que vamos á describir á continua-
ción.

Los celos del que quiere resplan-
decer juzgándose estrella de brillante
magnitud, contra el que vale porque
Dios le dotó de claro entendimiento.

Los celos del que no vale nada y
por mucho se tiene en gracia á su
desmedida soberbia, acerca del que
es, fué y será más que él socialmente
hablando.

Los celos del necio al sabio.

Los del pobre al rico.

Los que tienen modesto nombre al
que goza de reputación acrisolada.

Los del pillo al hombre de bien.

Los del padre perverso hacia su
vecino porque es bueno y él le llama
hipócrita.

Los del hijo malo al hijo excelente.

Los de la fea á la hermosa.

Los de la que jamás tuvo adora-
dor, respecto de la que es cortejada.

Los de la que viste mal á la que
viste bien.

Esos celos y otros muchos, son
contraproducentes, deprimen, reba-
jan, son causa de risa porque los
hombres ven, comprenden, escu-
chan... y los celosos tienen sobre sus
celos la crítica de las personas cor-
rectas que los señala con el dedo.

Esos celos engendran envidia, ira,
malquerencia. El que ira ha, envidia
tiene. Y el que malquerencia abriga
en su pecho contra alguno, es cono-
cido por los que le contemplan, re-
sultando: que el envidiado sin razón,
el malquerido sin justicia, sube, sube
en tanto que el envidioso, el celoso,
el chismoso, baja, baja en el termó-
metro de la social estimación.

Por eso, conténtese cada prójimo
con lo que tiene, con lo que llegó á
ser, con lo que pudo reunir y así,
dentro de su clase, de su ciencia y
de su esfera, será respetado, querido
y atendido por sus semejantes, no
sirviendo de mofa y de divertimento
á nadie.

GARCÍ-TORRES

CURA DE LA PULMONIA

De un periódico americano toma-
mos la siguiente receta contra la
pulmonía.

«Hágase hervir medio cuartillo de
agua bien limpia con diez ó doce
gramos de la mejor cebada; cuando
la ebullición se presente, retírese del
fuego, agregando al mismo tiempo
lo que se tome con una peseta de
cal virgen en polvo.

Minístrese al enfermo una taza de
esa infusión bien caliente y endul-
zada al gusto. Arrópe y evítense
las corrientes del aire, pues le ven-
drá sudor copiosísimo.

Al siguiente día repítase la medi-
cina. La enfermedad habrá desapa-
recido al tercer día; pero si aún que-
da algo, désele al enfermo otra toma,
con lo que se cortará por completo
el mal.

Esta sencilla fórmula se ha expe-
rimentado con notable éxito y con
ella se curan los campesinos».

Ya lo saben nuestros lectores. Con
llamar á un albañil y una *lechadita*...
al interior... ¿para qué médicos?

FLORENCIO (1)

A la Srita M. M. G.

I

Se celebraba una reunión en casa
de una distinguida familia, reunión
agradable en extremo, en la que reinó
el mayor placer y alegría hasta hora
bastante avanzada de la madrugada.

A ruegos de varios amigos ínti-

(1) Del libro *Juventud* que acaba de pu-
blicar nuestro colaborador don J. Romero
López.

mos, asistió Florencio en calidad de
invitado y de *tocador* de guitarra.

No bien hubo colocado sobre sus
muslos el instrumento que tanta fa-
ma y gloria dió al eminente Juan
Pargas, y sus dedos en el «mástil»
de la guitarra, cuando penetró en el
salón, espléndida de arrebatadora
belleza una gentil y elegante mucha-
cha de diecinueve Añiles, de cabe-
llera rubia dignas de las esclavas y
de lindo y agraciado rostro; sus
ojos, empapados en aquella dulce
languidez del amor, quedáronse fijos
por un instante en Florencio. Este,
atónito y perplejo ante tal deidad,
hizo un leve movimiento de cabeza,
saludando á la que en aquellos mo-
mentos destrozaba su tierno co-
razón.

Se conocían. No era la vez prime-
ra que ante su vista, se presentaban
las perfecciones todas que el Divino
Hacedor acumuló en aquella ange-
lical criatura; nó; ya la había visto
en otras ocasiones; su candor y pu-
reza le encantaban, su aspecto físico
le seducía, por su mente bullía desde
luego tiempo la ideal de amarla.

—¡Feliz encuentro!—dijo Floren-
cio para sí.—Los allí reunidos prorrumpieron en gritos:—¡Y esa guita-
rra!—¡maestro empiece el jaleo!—y
él, ufano y tranquilo, en apariencia,
dejó de sonar las cuerdas de su gui-
tarra lanzando alegres notas que
arrancaba muestras de aprobación
en los oyentes, por la singular maes-
tría con que ejecutaba las diversas
«falsetas» de su «repertorio».

La señora de la casa, hizo saber
que Margarita cantaba con gran ha-
bilidad, y fué lo bastante para que la
reunión se obstinara en oírla.

Turbada, vergonzosa, tímida, se
resistía, cuando Florencio se atrevió
á rogarle lo hiciera. Ella, entonces,
se dispuso á complacer á todos.

Con una copa de vino
consuelo todas mis penas
como la copa me quiere
no encontrare quién me quiera.

Margarita cantó sublime, magis-
tralmente.

Aquella facilidad con que de su
pecho salía la voz, aquellos admirables
gorgoritos que hacía con la gar-
ganta, aquella expresión y aquel
fuego y su alma toda vibrando en
aquel canto, dejaron estupefactos á
los allí reunidos, que prorrumpieron
en entusiásticos «¡olé!» y «¡bravos!»,
á los que ella contestaba con sumi-
sión y dulzura encantadoras.

Una voz gritó:—¡Bien por el maes-
tro!

—¡¡Bien!!—repitieron todos á coro.
Florencio aprovechó la oportu-
nidad, y dijo:—Señores, muchas gra-
cia, esos aplausos los cedo gustosí-
simo, á la mejor *cantora* que he oi-
do desde que manejo este instru-
mento y á la más hermosa niña que
mis ojos han visto.

—No tanto, Florencio,—se atrevió
á decir Margarita con especial gra-
cejo.

—¡No tanto!...—hizo ademán para
decirle algo, pero no se atrevió y
prosiguió diciendo:—¡Señores, que
siga la alegría!

Varias coplas más, y una de Flo-
rencio á la guitarra, dieron fin á tan
agradable fiesta.

II

Margarita era encantadora.
Sus ojos de un azul rico, líquido
y suave, su sedosa y fina cabellera,
su turgente seno, sus esculturales
formas y la blancura maravillosa de

su piel ebúrnea, seducían á sus
admiradores.

Florencio, tenía elegante postura,
escojidas maneras, varonil belleza
en el rostro y graciosa su dicción, lo
que le hacía ser en extremo simpá-
tico á los demás.

Florencio sentía verdadero amor
por Margarita. Era, como dice Eca
de Queiroz en *Los Maias*, «un amor
á lo Romeo que le sobrecojió de
pronto, ante unas ojeadas deslum-
bradoras; una de esas pasiones que
asaltan una existencia y asolan como
un huracán arrancando y arrasando
los respetos humanos y lanzando á
tremendos paroxismos al que las
padece».

La noche que estuvieron juntos,
Florencio la acompañó hasta su casa,
despidiéndose ambos con la mayor
ternura.

Desde entonces nuestro enamora-
do no cesó de pasear la calle donde
moraba su amada.

Por una circunstancias oportunísi-
ma, pudo lograr penetrar en la casa
y conocedor de que otros jóvenes
habían pretendido, antes, tener la
dicha de aspirar á la mano de aque-
lla deidad, decidió declararle el amor
que la profesaba.

Su oferta fué galantemente aten-
dida y á los pocos días Margarita y
Florencio eran novios, con el bene-
plácito de ambas familias, que veían
con sumo gusto las relaciones de dos
jóvenes que prometían ser eterna-
mente dichosos.

III

Pasó un año. Durante él, Florencio
y Margarita no dejaron de amarse.

En eterno idilio pasaban los feli-
ces amantes las horas, sin que nada
ni nadie turbase en lo más mínimo
la tranquilidad y ventura de aquellas
dos criaturas nacidas la una para la
otra

Cuando más dichosos vivían, cuan-
do ufano y satisfecho Florencio ulti-
maba sus preparativos de boda, cayó
gravemente enfermo.

Todos los auxilios que la ciencia
médica le prestó, los solícitos cuida-
dos de sus padres, quienes, por sus
bellas cualidades le amaba con locu-
ra, los tiernos desvelos de su pobre
Margarita, todo, todo fué estéril, in-
suficiente, inútil...

A los pocos días, Florencio entre-
gaba su alma á Dios, rodeado de los
seres á quienes más amó en este
mundo, y en brazos de la mujer por
quien hubiera dado, á ser necesario,
su alma toda.

En el estertor de su agonía, depo-
sitó en los labios de su adorada el
último beso de amor; después balbu-
ceó algunas palabras que solamente
Margarita oyó.

¡Pobre Florencio!

Imposible describir el cuadro que
presentaba la estancia donde yacía
inerte el cadáver del joven malogra-
do: Llanto, desolación, pena indes-
criptible, melancolía profunda en to-
dos los corazones.

¡Nunca la dicha es completa! dice
un popular refrán, y ello es bien
cierto.

La muerte con su implacable pode-
río y feo ceño, arrebató la vida á un
ser útil á la sociedad y al hombre, á
un ser que hubiera hecho la felicidad
de un hogar santo y noble.

Margarita, la cándida y preciosa
niña que soñaba con su bienestar al
lado de Florencio, llora hoy la pérdi-